

## EDITORIAL

Hoy circunstancialmente, en nuestros ambientes, no está de moda el presumir de racista, fascista, ni siquiera de integrista, ni hasta de conservador. Pero lo cierto es que en nuestras entrañas anidan y conviven sentimientos encontrados que son distintos y, a veces, contradictorios. Nadie quiere aparecer ser tildado de racista cuando se plantea y cuestiona el problema de la convivencia con ese sector concreto de nuestra sociedad (llámese gitanos) o con ese otro sector, más amplio, diversificado y complejo, de personas con características étnicas, religiosas, económicas, socioculturales distintas, desconocidas y extrañas para nosotros y que nos resultan tan difíciles de asimilar y encajar.

No sé si intelectual o ideológicamente nos repele o angustia la diferencia y diversidad que conlleva el fenómeno de la inmigración, creciente en número en nuestra comunidad. Pero la verdad es que nuestros sentimientos afloran y se manifiestan cuando la realidad, su problemática y consecuencias, nos toca de cerca. “Yo no soy racista”, decimos en público, pero en privado y en voz baja, constatado cuando llega el momento, manifestamos que no nos agrada habitar o convivir cerca de una familia de estas características, a la hora de alquilar el piso o la vivienda etc. Tampoco nos agrada, hablando en general, que nuestros hijos se relacionen, mezclen y convivan en un mismo centro escolar, porque, entre las razones aludidas, va en detrimento del proceso normal de adquisición de conocimientos de nuestros hijos.

Quizás la razón última sea que todavía subyace, como un sustrato bien consolidado y armado, en nuestra sociedad navarra políticamente consolidada y socialmente avanzada, decimos, dos realidades, dos mundos, dos concepciones que denotan un grave desconocimiento de la transcendencia social de esta problemática y, en consecuencia, una respuesta de carácter meramente asistencial por parte de las Instituciones educativas, laborales, sociales, sanitarias al fenómeno de la inmigración en su conjunto. Establecemos las diferencias y tratamos de guardar las distancias entre lo que es el sector mayoritario y lo que son “los otros”.

Cuando hablamos de nosotros mismos, de nuestra comunidad, se nos cae la baba resaltando los avances y progresos, en particular de lo social, y más cuando nos comparamos con otras comunidades autónomas, pero siempre obviando y pasando olímpicamente de la otra realidad: de los sectores marginales y minorías marginadas. La otra navarra también es navarra.

Por eso, no podemos olvidar que una sociedad sólo se puede considerar políticamente madura, socialmente desarrollada y democráticamente asentada en la medida que interioriza la realidad de la diversidad y pluralidad intercultural de las minorías y colectivos que existen en nuestra comunidad y pone en marcha todos los recursos humanos y económicos, así como todos los mecanismos necesarios y conducentes a la inserción, integración y convivencia de todas las minorías étnicas y culturales de inmigrantes con características distintas y diversas.

Conviene refrescar nuestra memoria para recordar lo que hemos sido en nuestro pasado bien reciente: un país de emigración masiva y Navarra de forma particular. Porque las razones y causas últimas siguen siendo las mismas, bien políticas bien sociales, es decir, forzados y obligados a salir de sus respectivos países por las

condiciones infrahumanas en que viven como consecuencia de la falta de trabajo y de los recursos mínimos para vivir con dignidad. Es la ley de la supervivencia humana. Cuiéndonos a Navarra constatamos la presencia y existencia de una comunidad gitana asentada, en su inmensa mayoría, desde hace más de 25 años y una inmigración fundamentalmente magreví, en la zona de la Ribera, que lleva conviviendo entre nosotros desde hace más de una década.

¿Qué ha hecho la sociedad navarra por estas minorías étnicas y culturales?. Pues tenemos que reconocer y confesar que se ha hecho más bien poco para integrarlos y convertirlos en miembros activos de la dinámica social.

En los centros de Educación de Adultos de Pamplona y Tudela de Gobierno de Navarra se imparten cursillos y cursos de “lengua castellana para Extranjeros”, prueba evidente del interés, esfuerzo y preocupación que demuestra este colectivo por integrarse en nuestra sociedad: aprender para defenderse, relacionarse y convivir con normalidad entre nosotros.

Pero las dificultades siguen.

Tenemos que asumir esta realidad y abordar esta problemática con honestidad, preparándonos para vivir y convivir con la diversidad y pluralidad intercultural de forma positiva y enriquecedora para todos. La tarea es de todos aunque, por supuesto, la responsabilidad primera recae en nuestras instituciones y autoridades políticas.

Porque dadas las implicaciones de carácter cultural, social y económica una política de inmigración se tiene que basar en el desarrollo de una política activa que conjugue las siguientes líneas de actuación:

- Atajar las causas de la inmigración de su fuente por medio de la cooperación para el desarrollo con los países emisores de inmigrantes.
- Un mayor conocimiento sobre los flujos migratorios para desarrollar una política de integración efectiva.
- Profundizar en la integración social de los inmigrantes que se establecen en Navarra.

A mi modo de entender, ésta es una de las asignaturas pendientes que tiene la sociedad española, en general, y la Navarra, en particular.

Ángel Oliver.  
Profesor en el CEBA de Tudela.